

RFA

KARL CARSTENS

un ex nazi por encima de toda sospecha

JOAQUIN RABAGO

PARECE inevitable, puesto que la oposición lo ha querido así, y la coalición en el Gobierno no ha sabido o no ha querido oponerse a que así fuera. Karl Carstens será el quinto Presidente en los treinta años de historia de la RFA, después de Theodor Heuss, de Heinrich Lübke, de Gustav Heinemann y, por fin, de Walter Scheel.

Carstens, sesenta y cuatro años, cristianodemócrata, profesor de Derecho Público e Internacional, y en la actualidad presidente del Bundestag, es, a juzgar por su peinado aspecto, lo que se dice todo un caballero. Un hombre, además, a quien, por el alto cargo que ahora ocupa y el más alto aún que fatalmente pasará a ocupar el 23 de mayo, no hay más remedio que considerar por encima de toda sospecha. Por encima de toda sospecha de haber sido, por ejemplo, nazi alguna vez. ¿Que perteneció en sus años mozos al NSDAP, el partido de Adolfo Hitler? El no lo niega, pero explica sin titubeos que aquello fue el mal necesario que —no hay mal que por bien no venga— le permitió prepararse concienzudamente para los altos destinos que le aguardaban.

Tempranamente huérfano de padre, ¿cómo habría podido conseguir aquella beca para acabar su carrera de Derecho de no haberse afiliado en 1933 a un grupo estudiantil de las SA en Frankfurt y, al año siguiente, a otro de Hamburgo? Y si, en 1937, obtenida la licenciatura, solicitó el ingreso en el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores, fue —explica Carstens, y hay que creerle, puesto que un presidente del Bundestag sólo puede ser un hombre de honor— por presiones directas de su superior de entonces, el presidente de la Audiencia de Bremen.

Además, el hecho de que Carstens no ingresara en el partido nazi hasta 1940, ¿no prueba acaso algo? Fue, se-

gún él mismo aclara hoy, una hábil treta. Porque, como quiera que ya en aquella época rechazase —en su fuero interno, naturalmente— el nacionalsocialismo, en el mo-

dejaron plantado a su país.

¿Qué culpa tiene, por otra parte, Carstens, de haber sido durante aquellos años tan excelente soldado como para merecer repetidos ascensos

envueltas en una espesa niebla, pero lo que puede asegurarse en cualquier caso es que jamás comulgó con el nazismo. Además, ¿no fue oportunamente absuelto en 1948 por un Tribunal competente? Son sólo ganas que tienen de hurgar en viejas heridas esos "socialistas y comunistas que miran más a Moscú que a Washington".

Porque, aunque lo que dicen fuera cierto, tampoco su caso sería el único. ¿No se ha probado también de Scheel que perteneció algún tiempo al NSDAP? ¿No se rodeó el propio Adenauer de algunos hombres que habían sido exégetas del nacionalsocialismo? Y de otro antecesor suyo, el viejo Heinrich Lübke, ¿no se llegó a averiguar que, como arquitecto, había trazado los planos de algunos campos de concentración? ¿Que todo ello se descubrió "a posteriori", y no antes de que esos hombres fueran nombrados o elegidos para sus cargos? Simples minucias.

Ocurre, sin embargo, que hay siempre gente resentida, que no puede perdonarle su doble carrera profesional y política. Gente que no le perdona el que se le nombrara, ya en 1954, representante de su país ante el Consejo de Europa, en Estrasburgo, que Adenauer le llamara a su lado en 1960 y que luego lo hicieran otros cancilleres cristianodemócratas, como Ludwig Erhard o Kurt Georg Kiesinger. Que, con la llegada de Brandt al poder, él se reintegrara, con la mayor tranquilidad de espíritu, a su vieja cátedra de Derecho Público y Derecho Internacional en la Universidad de Colonia. O que, con idéntica serenidad, tres años más tarde, y a petición de su partido, se presentara como candidato al Bundestag por Schleswig-Holstein. Como no perdonan tampoco que en 1973 se le nombrase jefe del grupo parlamentario de la CDU; en 1976, presidente del Bundes-



mento de solicitar su ingreso en el partido, Carstens tuvo buen cuidado de "olvidarse" de adjuntar algunos papeles necesarios, lo que sirvió para retrasar su inscripción. Y cuando al fin fue admitido, estaba ya cumpliendo su deber como soldado. Porque, eso sí, una cosa es oponerse "internamente" a un régimen y otra atender la llamada de la patria. El no fue como esos socialistas, los Brandt o los Bahr, que tomaron oportunamente el camino del exilio y

hasta alcanzar el grado de comandante? ¿Y para ser nombrado instructor de una escuela de defensa antiaérea? Quienes le conocieron en aquella institución andan diciendo hoy que el joven Carstens lucía orgullosamente sobre el uniforme su insignia del partido nazi, lo que, puntualizan, no era obligatorio ni tampoco habitual. ¡Maledicencias, naturalmente! Es cierto que hay muchas cosas de aquella época que él no recuerda, que aparecen como

tag, y, a principios de este mismo año, candidato de la oposición —y único, debido a la no presentación de Walter Scheel— a la más alta magistratura de la RFA.

Porque Carstens es —como no podía ser menos— un hombre de firmes convicciones y con elevado sentido de la moral. Un hombre que, según dice el novelista Heinrich Böll, odia los tacos y las palabras groseras, de esas que prodiga en cambio un socialdemócrata y antiguo comunista como Wehner. Pero ya se sabe que Böll, que defiende a Wehner y desprecia a Carstens, es uno de esos intelectuales disolventes, amigos de terroristas y radicales.

Si hay en efecto una cosa clara para el próximo Presidente de la RFA, es que a los enemigos de Alemania no hay que buscarlos en la extrema derecha, sino en la izquierda, en ese contubernio que forman los comunistas, los anarcos, la oposición extraparlamentaria, los ecologistas, los pedagogos "progresistas" e incluso buena parte del SPD, entre ellos, por supuesto, los "jusos". Ya lo advirtió él ante el Congreso de su partido en julio de 1974: "Se ha puesto en movimiento un amplio frente de grupos neomarxistas que llega hasta el partido socialdemócrata y que se propone como objetivo destruir el presente orden institucional y social para sustituirlo por un sistema marxista, por un sistema socialista-marxista". Y lo repitió, con idéntica ocasión, al año siguiente: "El socialismo conduce fatalmente al aniquilamiento de las libertades".

Gentes como esos socialistas que "recurren al engaño para conseguir el poder político y económico" son también los que promovieron la segunda campaña en contra de su persona cuando comprendieron que fracasaría la primera. Izquierdistas y radicales, infiltrados en la prensa liberal, fueron quienes sacaron a relucir lo de su pasada complicidad en la venta de armas. Quienes le acusaron de haber tenido conocimiento, como secretario de Estado en los Ministerios de Exteriores y de Defensa, de la exportación ilegal de material bélico por parte de dos firmas alemanas, "Dobbertin" y "Mereck", a países en guerra,

como Chipre, Nigeria (Biafra), Rhodesia, Sudáfrica, la Grecia de los coroneles, India y Pakistán. Exportaciones realizadas muchas veces con falsos documentos o a través de terceros países y con la connivencia del BND (Servicio de Información Federal).

¿Que él autorizó ese tráfico ilegal incluso con su firma? Cuando se ocupa un puesto de responsabilidad, se firman tantas cosas que es difícil acordarse de todo. En cualquier caso, Carstens no podía tolerar que se le acusara públicamente, como había hecho el ex diputado del SPD, Metzger, de haber mentado ante una comisión investigadora. Por eso él, hombre de Derecho, iba a acusar a su vez a su acusador de haberle calumniado.

Entre unas cosas y otras, el desgraciado asunto acabaría en el Tribunal Supremo, y el socialdemócrata terminaría por reconocer públicamente que Carstens podría haber dicho "inocentemente" una falsedad objetiva, pero que en ningún caso había mentado de forma premeditada. Todo un abismo. Salvado su honor, Carstens iba a retirar, magnánimamente, su querrela contra el ex diputado.

La prensa diría luego —siempre la prensa— que si éste, Metzger, se había vuelto atrás, había sido por presiones del propio canciller Schmidt, que no deseaba que se discutiera a fondo el asunto de las exportaciones de armas. Porque, en este punto al menos, la actual RFA no es muy distinta de la de Erhard o Kiesinger.

Sin embargo, todo eso pertenece ya —como quien dice— al pasado. El presente y, sobre todo, el futuro es que el próximo Presidente, por cinco años, de la RFA será Karl Carstens. Mal que les pese a los anarquistas, a los comunistas y a los radicales de toda laya, enemigos de la familia, de la Constitución y del Estado, el profesor Carstens tiene garantizada, en la Asamblea Federal, la mayoría absoluta que necesita. ¿Y quién duda de que, con tantas virtudes, este viejo nazi de fina palabra y elegantes modales será —como escribía en la prensa alemana un lector— un Presidente representativo? ■

EN EL NUMERO DE MAYO DE TIEMPO de HISTORIA

Rafael Tenorio García

LAS ELECCIONES DE FEBRERO DE 1936

La expectación motivada por las recientes elecciones parlamentarias nos retrotrae a las últimas celebradas con anterioridad, dentro del marco constitucional, y que dieron el triunfo al Frente Popular, ya en vísperas de la guerra civil. La tensión ambiental en aquellas fechas, la disparatada actitud de las fuerzas políticas de derechas ("Estos son mis poderes", era el císneriano slogan de Gil-Robles), la impaciencia de la mal estructurada izquierda, se ve reflejada, siquiera sea someramente, en este trabajo del profesor Tenorio. (En la fotografía, votantes ante la Universidad de Barcelona, en febrero de 1936.)



Ignacio Ramonet

HOLLYWOOD Y LA GUERRA DE VIETNAM: ¿COMO FILMAR EL APOCALIPSIS?

La reciente concesión del Oscar a dos películas ("El regreso", de Hal Ashby, y "El cazador", de Michel Cimino), cuya ambientación y problemática inciden en la guerra del Vietnam, calificada en su día por el comentarista norteamericano Walter Lippman de "auténtico desastre nacional", permite a Ignacio Ramonet una reflexión lúcida y aguda sobre la sociedad estadounidense, aún traumatizada por la amarga experiencia de una sangría que costó al país miles de vidas, cifras astronómicas y el descrédito mundial. (Escena de la guerra del Vietnam.)

EN EL NUMERO DE MAYO DE TIEMPO de HISTORIA